



LOS PENETRABLES DE JESÚS SOTO

Jesús Soto's penetrables

Fotografía:
Yvess Bass,
@yvess_bass

Recibido: 15-11-2018
Aceptado: 20-02-2019

Norelsy Lima¹
Museo de Arte Moderno "Jesús Soto"
Ciudad Bolívar- Venezuela
norelsylima@gmail.com

Dicen que el arte cinético es ochenta por ciento obra y veinte por ciento espectador y desde niña el maestro Soto me citaba a conversar con él dentro de sus penetrables. Me crean o no, mi favorito siempre fue el *Penetrable amarillo* expuesto en el Jardín Central del Museo Jesús Soto. Recuerdo la abrumadora sensación de sublimidad que experimenté al entrar al penetrable. Parecía que estuviese dentro de un mundo paralelo y extraordinario. En aquella época no sabía que yo también era parte de una obra de arte y tomar conciencia de ese hecho casi diez años después, le da un nuevo matiz al recuerdo y lo hace más especial.

Hoy estoy caminado nuevamente por el museo, observando con atención las obras que alberga, reencontrándome nuevamente con Soto y mi pasado.

1. Lic. Letras Mención Historia del Arte, Universidad de Los Andes

Al divisar esa obra maestra compuesta por cuatro postes grises que sirven como sostén de un techo seccionado en cuadrantes desde donde cuelgan los innumerables tubos de plástico amarillos un tanto deteriorados, me quedé petrificada un instante debajo de un árbol que está a una distancia considerable de la obra. Miré impresionada el efecto óptico que produce la visión de los cables:² los tubos parecieran estar divididos en grupos y percibo movimientos ascendentes y descendentes simultáneamente que difieren entre un grupo y otro.

Sentí un escozor de expectación en las manos al observar ese curioso efecto que produce la obra, reconociendo la invitación del penetrable a entrar una y otra vez en él, como si no hubiera pasado el tiempo. Me acerqué a la obra con paso firme, sin dudar un segundo en zambullirme en ella para interactuar. Una vez dentro estoy rodeada por tubos cuya percepción cambia conforme cambia el ángulo de visión del espectador, quien se mueve de un sitio a otro dentro de la obra.

Curiosamente experimento la misma sensación desde que era una niña, cuando me parecía que la palabra *realidad* mutaba su significado y ya el mundo real era el que yo percibía dentro del penetrable y el que está fuera de él, un mundo irreal, artificial y llamativo. Participo una vez más en ese diálogo infinito entre Soto y yo, que con su penetrable me invita a salir de sus dominios para contemplar ese mundo exterior y que, una vez fuera, me ordena que huya buscando refugio en el interior de la obra.

Aunque el amarillo es mi favorito, el museo también exhibe en el Jardín Oeste un *Penetrable blanco*. Es más pequeño que el amarillo, está sostenido por cuatro tubos blancos que soportan un techo más elaborado que el anterior, del que cuelgan tubos de metal que se van haciendo más gruesos cuanto más próximos al centro. Al chocar unos con otros, estos tubos producen sonidos potentes y relajantes que algunos han asemejado al sonido de la lluvia.

El penetrable se alza ante mi vista solitario, casi tan melancólico como la mirada de Soto. Cuando entré, sentí un ligero estupor con el sonido de los tubos más finos y cercanos al exterior. Los tubos más gruesos formaban un cuadrado en el centro, los cuales me hacían sentir cada vez más extraña a medida que me aproximaba. El sonido aturde, el interior parece tormentoso e ir al centro del penetrable es arrancarte de la realidad (la cual queda adherida en los tubos más finos) para hallarte a ti mismo en las entrañas de la obra.

2. Éste efecto resulta ser el mismo que se percibe en las obras *Dinámica visuale 141* (1962) de Toni Costa y *Physichromie N° 664* (1973) de Carlos Cruz Diez.

Curiosamente experimento la misma sensación desde que era una niña, cuando me parecía que la palabra *realidad* mutaba su significado y ya el mundo real era el que yo percibía dentro del penetrable y el que está fuera de él, un mundo irreal, artificial y llamativo. Participo una vez más en ese diálogo infinito entre Soto y yo, que con su penetrable me invita a salir de sus dominios para contemplar ese mundo exterior y que, una vez fuera, me ordena que huya buscando refugio en el interior de la obra.

Aunque el amarillo es mi favorito, el museo también exhibe en el Jardín Oeste un *Penetrable sonoro*. Es más pequeño que el amarillo, está sostenido por cuatro tubos blancos que soportan un techo más elaborado que el anterior, del que cuelgan tubos de metal que se van haciendo más gruesos cuanto más próximos al centro. Al chocar unos con otros, estos tubos producen sonidos potentes y relajantes que algunos han asemejado al sonido de la lluvia.

El penetrable se alza ante mi vista solitario, casi tan melancólico como la mirada de Soto. Cuando entré, sentí un ligero estupor con el sonido de los tubos más finos y cercanos al exterior. Los tubos más gruesos formaban un cuadrado en el centro, los cuales me hacían sentir cada vez más extraña a medida que me aproximaba. El sonido aturde, el interior parece tormentoso e ir al centro del penetrable es arrancarte de la realidad (la cual queda adherida en los tubos más finos) para hallarte a ti mismo en las entrañas de la obra.

Salgo apresuradamente como huyendo de ella y de mí misma. Tal vez por eso produzca tanto recelo en los visitantes quienes dudan en adentrarse e interactuar con la obra, inquietud que no les genera el penetrable amarillo. Puedo hablar de la dualidad lúdica de esta obra puesto que, cuando el guía te hace el recorrido y te adentras a la obra por invitación suya, te provoca reír y hacer toda clase de preguntas con respecto a la obra y su autor mientras te recreas en ella.

El guía ya se ha ido y a las 10:45am, quince minutos después de haber terminado el recorrido, estando sentada frente al penetrable, noté la manera en cómo la luz del sol incide sobre los tubos, produciendo sombras que contrastan con el blanco marfil del penetrable, el cual yace etéreo e impasible ante mi vista. Dichas sombras pueden observarse en el suelo de cemento blanco de la obra, igualmente bordeada de grama. Sentada, quieta y fascinada, observo cómo las sombras desaparecen y aparecen conforme cambia la posición del sol, produciendo un notable contraste entre los tubos y el suelo de cemento blanco, la luz del día y la grama verde que rodea y separa la obra del mundo exterior.

Después de un rato decidí volver a donde todo comenzó. Vi en los cables del Penetrable amarillo la huella del inexorable paso del tiempo y me pregunté por qué dejarían expuesta esa obra sin la supervisión requerida. ¿Acaso no se dan cuenta de que los niños juegan en él y le arrancan los cables? Estando molesta al ver el hueco que esos niños descuidados le han hecho al penetrable en su interior, de pronto entendí las primeras palabras de este escrito y que tal vez esa era la intención del autor: la obra pertenece a todos y a ninguno, porque sin espectador no hay obra y si el penetrable deja una huella emocional en el espectador, porqué no permitir que éste modifique la obra.

Todos entran y salen, ven a la obra como un juego inocente. Tal vez el penetrable se haya convertido en el inconsciente colectivo en el viaje a la infancia ideal, donde solamente existen el penetrable y el espectador, en una sublime conversación con el autor. Me produce cierta sensación de serenidad pensar que el punto donde se reencuentran el pasado y el presente, mi infancia y mi entrada a la madurez sea mi obra preferida: el penetrable amarillo. Aunque ya no puedo verlo con la misma inocencia de antes, hoy día se constituye para mí como el punto de convergencia entre el espacio y el tiempo, la memoria y el pensamiento, la inocencia y la serena melancolía. Entrar en él es como remontar un río fantástico que me regresa a los comienzos de mi vida, a mis raíces visuales, a Jesús Soto.



Fotografía de: Yvess Bass, (Ivis Basanta,1984-). yvessbass@gmail.com